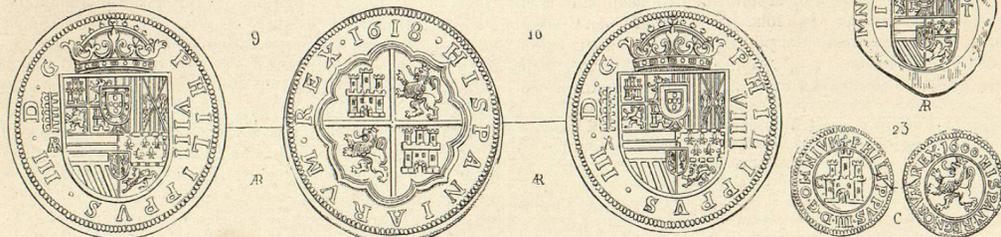
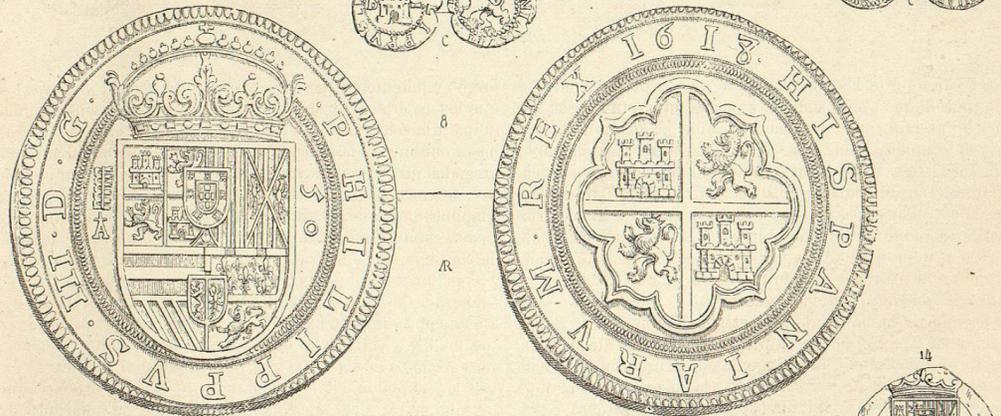
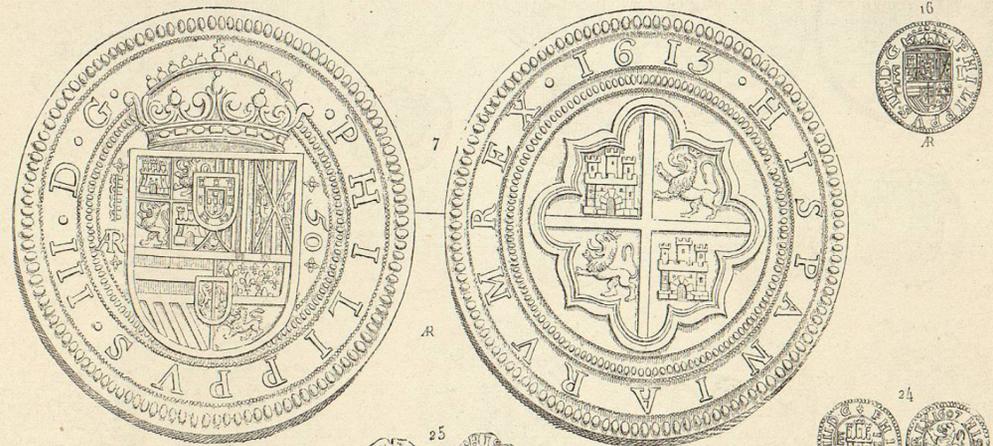
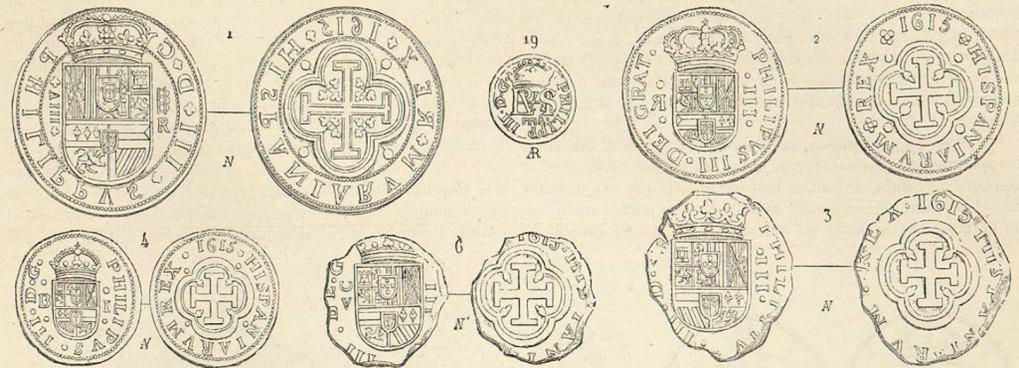


CASTILLA

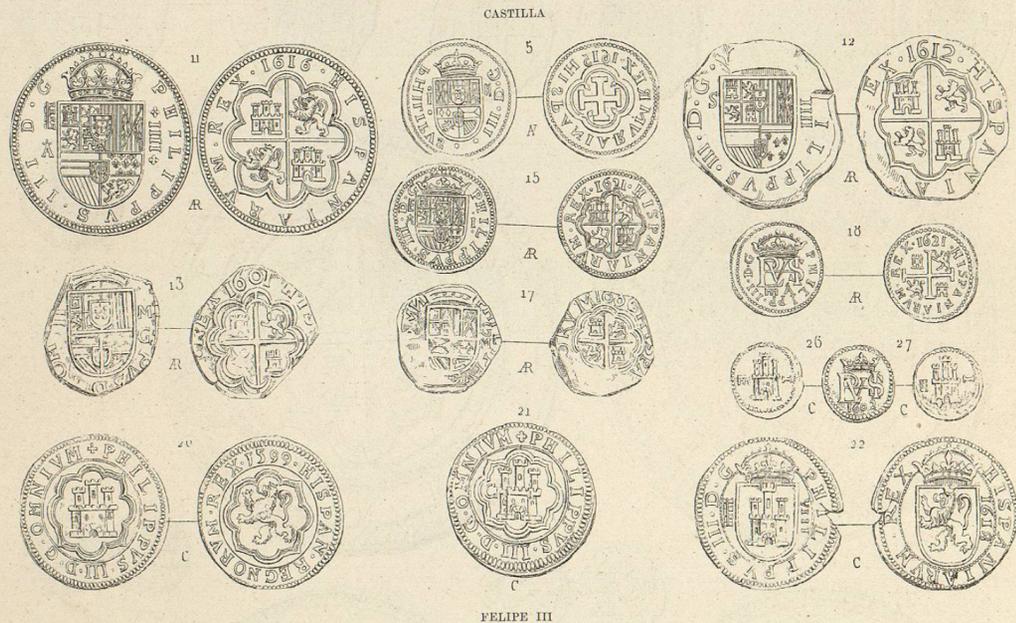


FELIPE III

muraciones de los grandes y de los pueblos al ver un hombre ensalzado á tan desmedida altura y revestido de tan ilimitada autoridad no eran sino muy naturales y fundadas, y no sin razon auguraban siniestramente de tal reinado. Y eso que al fin, por lo que hace al exterior, habia tenido Felipe II la prevision de dejar establecida la paz con Francia, y transmitida la soberanía feudal de Flandes á su hija Isabel y al archiduque Alberto.

Por mas que algunos apasionados historiadores de aquel tiempo ensalcen las dotes y prendas que dicen adornaban al marqués de Denia, sus actos demostraron lo que era en realidad el privado de Felipe III. Afable, dulce y cortés en su trato, notado mas de dadivoso que de mezquino, no carecia de

maña para seducir, y tuvo la suficiente hipocresia para granjearse la estimacion del estado eclesiástico mostrándose aficionado á crear y dotar conventos, iglesias, ermitas y hospitales. Pero estaba muy léjos de poseer ni el talento, ni la instruccion, ni la firmeza y energía, ni menos el desinterés y la abnegacion, ni el juicio y la inteligencia y otras cualidades que necesitaba el que como él habia echado sobre sus hombros la pesada carga de todo el gobierno, y mas en las circunstancias criticas y azarosas en que se hallaba la monarquía, grande, pero empobrecida y empeñada, extensa, pero herida en todas sus partes, dilatada, pero amenazada de ruina. En vez de establecer en el palacio y en la corte las economías que reclamaba el estado miserable de la hacienda real, en vez de suprimir ofi-



FELIPE III

cios y cargos inútiles en tiempo de mayor prosperidad, los acrecentó aumentando sueldos y plazas supernumerarias con color de premiar méritos, haciendo subir los gastos de la real casa en grandes sumas, como si el reino estuviera en la mayor opulencia. Bien venia esto con lo que el rey decia á los procuradores de las ciudades de Castilla y de Leon (27 de setiembre, 1598). «Por las cartas que el rey mi señor (que haya gloria) escribió sobre el servicio de quinientos cuentos que acordó de hacerle el reino para desde principio del año de 1597, teneis entendido el estrecho estado que tenia su real hacienda, la cual está ahora del todo acabada.... etc.»

Dos enlaces habia dejado concertados Felipe II á su muerte, el de su hijo Felipe con la princesa Margarita de Austria, y el de su hija Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto. Ambos habian de verificarse en un mismo día. Partió al efecto Margarita de Alemania (30 de setiembre, 1598), y Alberto salió de Bruselas á incorporarse para acompañarla en su viaje á la península española. Los desposorios se celebraron en Ferrara por mano del pontífice con suntuosa solemnidad (13 de noviembre); y allí, y en Cremona, y en Pavia, y en otras ciudades de Italia fueron ambos principes objeto de

de Elda; en Valencia el conde de Benavente; en Cataluña el duque de Feria; en Aragon don Beltran de la Cueva, duque de Albuquerque; regian en Portugal con título de gobernadores el arzobispo de Lisboa, el conde de Portalegre, el de Santa Cruz, el de Sabugal, el de Vidigueyra y don Miguel de Moura: sus últimos y mas íntimos consejeros en Castilla fueron don Cristóbal de Mora, ó Moura, marqués de Castel-Rodrigo, y don Juan Idiaguez, comendador mayor de Leon: presidia el consejo de Castilla Rodrigo Vazquez de Arce.

largos y magníficos festejos. No eran en verdad menores los que los esperaban en España. Valencia era el pueblo designado para la celebracion de las bodas. El rey no salió de Madrid hasta obtener de las córtes de Castilla que se hallaban congregadas un servicio extraordinario de ciento cincuenta cuentos, además del ordinario, con otros ciento cincuenta para chapines de la reina: suma exorbitante para un reino cuya hacienda estaba tan acabada y consumida, como el rey mismo habia dicho, pero necesaria toda para los gastos de las bodas y el ostentoso lujo que en ellas se habia de desplegar.

Logrado el subsidio, salió el rey de Madrid (21 de enero, 1599), con la infanta su hermana, y con gran cortejo de grandes, nobles y caballeros, muchos de ellos de nueva creacion, pues acababa de hacer treinta nuevos gentiles hombres, y en tres meses habia dado mas hábitos de las tres órdenes que los que habia dado su padre en diez años. El marqués de Denia vió lisonjeada su vanidad con llevar al rey á la ciudad que daba título á sus estados, hospedarle y agasajarle en su misma casa, y que vieran todos sus compatriotas esta prueba pública de su gran valimiento y privanza. Despues de haber permanecido algunos dias en Denia pasó el rey á Valencia (19 de febrero, 1599), donde se sucedian las fiestas, las cacerías, las mascaradas, los banquetes y los saraos, en que se gastaban sumas enormes. Los que hacian mas dispendios para obsequiar al rey, aquellos recibian de él mas mercedes. El conde de Miranda que llevaba gastados mas de ochenta mil ducados obtuvo la presidencia del Consejo de Castilla. El rey tuvo la miserable debilidad de escribir á Rodrigo Vazquez de Arce, antiguo presidente, el siguiente papel: «El conde de Miranda

me ha servido muy bien en esta jornada y en otras muchas ocasiones, de que estoy muy satisfecho: he puesto los ojos en él para darle el oficio que vos teneis: mirad qué color quereis se dé á vuestra salida, que ese mismo se dará.» Rodrigo Vazquez le respondió con entereza: «Señor; muy bien es que Vuestra Majestad premie los servicios de los grandes de Castilla, para que con esto los demás se animen á servirle: el color que mi salida ha de tener es haber dicho verdad, y servir á V. M. como tengo obligacion.» Digna respuesta, que hubiera abochornado á otro monarca de mas dignidad que Felipe III. El severo castellano salió al poco tiempo desterrado de la corte con disgusto y sentimiento general, y se retiró á su villa del Carpio, donde murió á los pocos meses (1).

Tambien falleció por este tiempo, victima, segun se creia generalmente, de los inmerecidos desaires del rey, su antiguo maestro el docto y ejemplar varon don Garcia de Loaysa, arzobispo de Toledo. El rey aprovechó aquella buena ocasion para agraciarse con la primera mitra de España á don Bernardo de Sandoval y Rojas, tío del marqués de Denia su valido. Porque al paso que Felipe III se apresuraba á reducir á la nulidad y á mortificar con desdenes y desaires á los hombres de mas mérito y saber y á los mas antiguos y leales servidores de su padre, pareciale todo poco para engrandecer al de Denia y su familia. Habiale hecho ya su sumiller de Corps y caballero mayor, y durante aquel viaje le dió el señorío de algunas villas, una escribanía que vendió en Sevilla en ciento setenta y tres mil ducados, la encomienda mayor de Castilla con diez y seis mil ducados de renta, la de Calatrava á su hijo con la renta de diez mil, y entre otros regalos con que obsequió al marqués fué uno el de cincuenta mil ducados en albricias de la nueva que le dió de haber arribado á Sevilla la flota de Luis Fajardo con el dinero de Nueva España: y al concluir aquel viaje le nombró duque de Lerma, título con que se le conoce en la historia. Y mientras indicaba al hábil diplomático y benemérito consejero don Cristóbal de Mora, á quien se debia el reino de Portugal, que seria de su real agrado se retirara de la corte, escribia al asistente y ciudad de Sevilla que festejaran á la marquesa de Denia á su paso por aquella ciudad, dándole cuenta de lo que hiciesen, lo cual les seria agradecido por la grande y particular estimacion que la marquesa le merecia. ¡A tal punto se iba rebajando la majestad de Felipe III (2)!

El mismo marqués de Denia fué el encargado por el rey de cumplimentar á la reina, que habia desembarcado en Vinaroz (28 de marzo, 1599), lo cual ejecutó acompañado de treinta y seis caballeros, vestidos de encarnado y blanco, que eran los colores de Margarita de Austria. El 18 de abril hizo la reina su entrada pública y solemne en Valencia, y aquel día se ratificaron los dos matrimonios, el del rey don Felipe con

Margarita de Austria, y el de la infanta Isabel con el archiduque Alberto. Leyendo aisladamente la relacion de las costisimas fiestas con que solemnizaron estas bodas, la descripcion de los magníficos arcos de triunfo, de las comidas, danzas, saraos, toros, fuegos, fiestas, torneos y cañas; de las riquisimas galas y aderezos, del lujo en carrozas y en libreas, en perlas y en piedras preciosas, en telas y en brocados, que reyes y principes, damas y caballeros desplegaron en aquellos dias; quien leyere que solo el marqués de Denia gastó mas de trescientos mil ducados, sin contar las joyas que regaló á la comitiva de la reina y del archiduque; que subió el gasto del rey en aquella jornada á novecientos cincuenta mil ducados, y el de los grandes y señores de Castilla á mas de tres millones, creeria que la España se encontraba en un estado brillante de opulencia y de prosperidad.

Pero al tiempo que tales prodigalidades se hacian, el rey se quejaba á las córtes de no poder sustentar su persona y dignidad real, porque no habia heredado sino el nombre y las cargas de rey, vendidas la mayor parte de las rentas fijas del real patrimonio, y empeñadas por muchos años las que habian quedado: celebraban frecuentes reuniones los consejeros para discurrir arbitrios que proponer á los procuradores para socorrer al rey; se intentaba ganarlos para que otorgaran el servicio llamado de la molienda, y en vista de las dificultades que ofrecia se trataba de establecer una sisa general en los mantenimientos. En Valencia se gastaba con profusion escandalosa; en el resto del reino enseñaba su pálido rostro la miseria pública, y en Sevilla se recibia una limosna del Nuevo Mundo, que pronto habia de disiparse y desaparecer como en manos del hijo pródigo.

A invitacion de los catalanes pasaron los reyes de Valencia á Barcelona (junio, 1599) para celebrar córtes y prestar en ellas el mutuo y acostumbrado juramento. Allí se despidieron el archiduque y la infanta, y recibidos magníficos presentes y mas magníficas promesas de ser socorridos con hombres y dinero de España para acabar de sujetar las provincias rebeldes, partieron para los Países Bajos (7 de junio) con mas esperanzas que medios y recursos habian de tener para verlas cumplidas. Las córtes de Cataluña sirvieron al rey con un millon de ducados, con cien mil á la reina, y al marqués de Denia con diez mil, no sabemos con qué título; y acabado el solio y visitado el monasterio de Montserrat, regresaron los reyes por Tarragona á Valencia y Denia (julio), donde se regalaron otra vez en la casa del privado, con razon envaneido de tener por dos veces en tan poco tiempo de huésped al soberano de dos mundos. Allí recibió Felipe embajada de los aragoneses solicitando se dignara pasar á aquel reino á celebrar córtes antes de regresar á Castilla. No les prometió el rey tener córtes, pero si visitarlos, y así lo cumplió.

En honor de la verdad esta jornada de Felipe III á Aragon se señaló por un rasgo de clemencia y de justicia, que halagó grandemente á los aragoneses, y los predispuso á recibir con tanta magnificencia como regocijo al nuevo soberano. No quiso este entrar en Zaragoza hasta que se quitaran de la puerta del puente y de la casa de la diputacion las cabezas de don Juan de Luna y de don Diego de Heredia, ajusticiados de orden de Felipe II por los disturbios y alteraciones de 1591, y se les diese sepultura honrada y se borraran de los muros las inscripciones infamantes que recordaban sus pasadas culpas. Ya en Madrid se habia mandado poner en libertad á la esposa y á los hijos del desgraciado Antonio Perez, prófugo entonces en extrañas tierras. No contento con estos actos de reparacion el nuevo monarca, mandó publicar en Zaragoza un perdón general por las pasadas revueltas, exceptuando solo á Manuel don Lope y á otros dos ó tres que á la sazón se hallaban en Francia, autorizando á todos los demás para que volvieran libres y tranquilos á sus hogares, y declaró al difunto conde de Aranda por buen caballero y leal vasallo, restituyendo la posesion de su estado á su hijo. Loco de júbilo con estos actos el pueblo de Zaragoza, recibió á sus reyes (11 de setiembre) con aclamaciones de fervoroso entusiasmo, y los festejó los dias que allí permanecieron con todo lo que pudieron inventar de mas espléndido y brillante. Juró Felipe mantener y guardar los fueros del reino, bien que las-

(1) Sirvénnos de guia para lo que decimos en el presente capítulo las obras y documentos siguientes: Vida y hechos del rey don Felipe III por el Mtro. Gil Gonzalez Dávila: Adiciones á la Historia de Felipe III del marqués Virgilio Malvezzi, publicadas por don Juan Yañez: Historia manuscrita de Felipe III por don Bernabé de Vivanco, su ayuda de cámara, secretario de la estampilla, y del Consejo de la Suprema Inquisicion. Historia de Felipe III, MS. de la Real Academia de la Historia, archivo de Salazar, B. 53 y 82: Relaciones de las cosas sucedidas principalmente en la corte desde 1599 á 1614, por Luis Cabrera de Córdoba, MS. del archivo del ministerio de Estado, un tomo folio: Documentos del archivo de Simancas: Salazar, Advertencias históricas: Ortiz de Zúñiga, Anales de Sevilla, t. IV: Pragmáticas de Felipe III: Córtes de Madrid de 1598: Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda: Relacion del Viaje de Felipe III al reino de Valencia, impresa en esta ciudad en 1599.

(2) «Don Diego Pimentel, mi asistente de Sevilla. Ya habreis entendido como la marquesa de Denia fué por mar á Sanlúcar á hallarse al parto de la condesa de Niebla su hija: y porque su vuelta á Castilla ha de ser por ahí, me ha parecido avisarlo, y encargaros mucho, como lo hago, tengais particular cuidado de que entienda esa ciudad de mi parte que de toda la buena acogida y demostracion que hiciesen con ella quedaré yo muy servido por la estimacion que hago de la persona de la marquesa, y lo bien que su marido me sirve... etc.» Zúñiga, Anales de Sevilla, t. IV, p. 194.

La ciudad correspondió cumplidamente á la recomendacion, y agasajó á la marquesa, no solo con fiestas, sino con regalos de joyas y hasta dinero, dando esto último argumento á los poetas para sátiras y epigramas que debieron abochornar mucho á la esposa del favorito.